

cuerpo de Mata-Hari. Al abrigo de la inquebrantable neutralidad suiza, en la misma ciudad y en el mismo momento un ruso de apellido Ulianov y un balcánico de apellido Tzara se frotan las manos sonrientes en espera de espetarle al mundo, a la primera oportunidad, la sorpresa que cada uno le tiene preparada. En París como en todas partes por donde ya han pasado los enemigos la consigna es "No pasarán". El avance alemán efectivamente es frenado a pocos kilómetros de la ciudad por los soldados que acuden al frente en taxi. Mientras tanto París comienza a ser invadido por la retaguardia. Unos seres extraños, casi legendarios, van ocupando poco a poco posiciones en el barrio de Montparnasse. El mismo día que los alemanes se rinden muere Apollinaire. Una ironía macabra del destino confunde el nacimiento de una nueva era con el fin del hombre que la ha creado. El señor Ulianov hace ya tiempo que se ha despachado a sí mismo en un vagón sellado hacia la Estación de Finlandia en San Petersburgo. Tristan Tzara regresa a París cargado de manifiestos inquietantes que inmediatamente empiezan a circular llevando consigo la premonición de nuevas actitudes respecto al arte. Los invasores que han llegado por la retaguardia serán a los pocos años los creadores de la literatura más significativa de nuestro tiempo pues se llaman Hemingway, Lewis, Scott-Fitzgerald y habrán puesto de moda en París el charleston, el jazz y el *dry martini* y desde las mesitas del café *La Coupole*, o del *Dôme* que está justo enfrente, serán los amos de Montparnasse durante muchos años.

El fin de la guerra y el fin de Apollinaire, ponen un término a la breve victoria del cubismo. Ese fugaz retorno al clasicismo de la búsqueda de la verdad, de la serenidad, del rigor no tiene ya sentido en un mundo en que el dilema del arte no se plantea entre la libertad creadora y el rigor igualmente creador, sino entre el individualismo extremo y la colectivización masiva. Para cuando termina la Gran Guerra las escuelas pictóricas

—con lo que esta expresión implica de humildad y de aprendizaje colectivo— han desaparecido. Ha desaparecido el cubismo y sólo quedan pintores cubistas que trabajan aisladamente, para sí. El triunfo de la *Entente Cordiale* trae aparejado también el triunfo del viejo Aduanero Rousseau sobre el que preside el fantasma de su divinidad tutelar: Apollinaire. El dadaísmo primero, el surrealismo después le pertenecen a Apollinaire tanto como el cubismo, aunque son el testimonio de su equivocación porque demuestran que la síntesis de razón y de imaginación con la que soñaba es imposible. Había llegado ahora el turno de la subjetividad y del sueño.

Es por ello que Braque —igual que todos sus colegas— se convierte a partir de 1920 en un pintor solitario que por el ejercicio del rigor llega a poseer, como es inevitable, la libertad. A más de cincuenta años de sus orígenes y a menos de dos meses de su muerte no resulta ya de ninguna manera equívoco el testimonio que de él daba —escrito en el tiempo de verbo de los epitafios— Guillaume Apollinaire en 1912:

"Tal fue Georges Braque —dice—. Su papel fue heroico. Su arte apacible es admirable. Se esfuerza gravemente. Expresa una belleza cargada de ternura y el nácar de sus cuadros irisa nuestro entendimiento. Es un pintor angélico.

"Ha enseñado a los hombres y a los demás pintores el uso estético de formas tan desconocidas que solamente algunos poetas las habían sospechado. Esos signos luminosos resplandecen en torno nuestro, pero sólo algunos pintores han extraído de ellos la significación plástica. En Braque, el trabajo, particularmente en sus realizaciones más rústicas, contiene una multitud de elementos estéticos cuya novedad está siempre de acuerdo con el sentimiento de lo sublime."

Y luego agrega:

"Se dirá: Georges Braque, el comprobador. Ha comprobado todas las novedades del arte moderno y comprobará más aún."

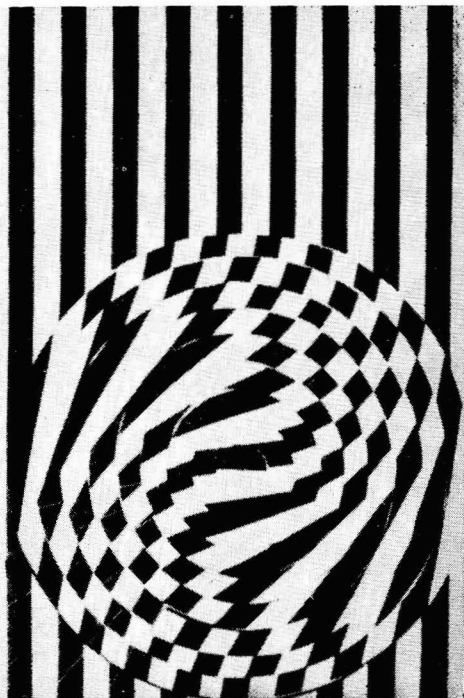
LOS LIBROS ABIERTOS

REFERENCIA: Gastón García Cantú, *Utopías mexicanas*. Ediciones ERA, México, 1963. 170 pp.

NOTICIA: Ensayista, activo en el periodismo, Gastón García Cantú escribió, hace algunos años, *Los falsos rumores*, libro de cuentos que fue publicado por el Fondo de Cultura Económica.

EXAMEN: El mayor mérito de *Utopías mexicanas* es la identificación que logra el autor entre el presente y la trayectoria histórica, en nuestro país, de algunas ideas fundamentales y universales. Explica, además, a qué personajes y grupos les correspondió descubrir, concretizar y defender tales ideas. Dentro del libro los documentos, las palabras, los acontecimientos que han dado lugar a nuestra fisonomía actual se encuentran enmarcados, en bien de sus propios contextos, en la descripción de situaciones particulares, precisadas por medio de un fogoso estilo literario que jamás se aparta de las normas esenciales del ensayo; es decir, no cae en la sintaxis característica de la pura ficción. Interpretativos en forma y en fondo, los ensayos contenidos en *Utopías mexicanas* constituyen una seria introducción al mundo de la idea política por medio de la narración de los hechos, misma que en algunas ocasiones llega a ser dramática, nunca circunstancial. Notablemente, los escritos de García Cantú hacen obvia una verdad que para el México de hoy adquiere las proporciones de la angustia: la ausencia, salvo rarísimas excepciones,

de escritores especializados no ya en la ciencia política (cuyas labores deslindarían conceptos, abrirían brechas, evitarían sacrificios), sino en los asuntos públicos que actualmente requieren de



la seriedad y la penetración de los conocedores y los interesados; la carencia de disertación definida, de polémica crítica (tesis abstractoides van y vienen sin cauces hacia la realidad).

A distancia de siglos, los acontecimientos han perdido su valor exclusivamente

externo y objetivo y han adquirido, a través del pensamiento de hombres determinados (historiadores, científicos, teóricos), una naturaleza susceptible a la prueba rigurosa de los analizadores. Para García Cantú los hechos son importantes según intervenga en su realización un cierto grado del sufrimiento de las masas; la revolución insurgente de 1810, las expansiones anticlericales y liberales del siglo XIX, el quietismo del gobierno de Díaz y la rebelión popular en su contra son consecuencias de una reacción que tiene su origen en el que se sintetizan la emoción colectiva y la inoperante realidad.

También por el limitado número de obras de este tipo, sorprende que, aun habiendo escogido el autor un género en el que caben las divagaciones, materiales disímiles se integren plenamente: el científico, el históricamente comprobable, y aquel supuesto ficticio que no obtiene su carta de naturalización temática hasta que queda unido al primero. Al final de cada uno de los ensayos, García Cantú señala cuáles han sido las fuentes de sus deducciones, no en búsqueda de una forzada autenticidad, sino como culminación de un estilo propio que se desenvuelve dentro de los límites de un género cabalmente escogido como medio de expresión. No sólo por el deleite que nos entrega su lectura, *Utopías mexicanas* nos hace pensar profundamente en la génesis, por lo demás difícil de explicar, de esa clase de escritos que, al interpretar una realidad particular, hacen surgir, en la transmisión de la idea, el movimiento social.

CALIFICACIÓN: Importante.

—A.D.